

» la tierra, que le toque dar ejemplo á los otros? Todavía hay
 » un emperador. ¿Es que la República teme al rey de Navarra?
 » Nosotros la defenderemos, si necesario fuere, con todos los
 » esfuerzos: aun la podemos defender. ¿O bien la República
 » pensará sobrepujarnos? En este caso, Dios mismo nos asis-
 » tirá. » Esta incontrastable resolución de oponerse siempre á
 la subida de un príncipe hereje al trono de Francia, fué muy
 pronto conocida de Enrique IV. Ya vacilante en sus opinio-
 nes calvinistas, comprendió el rey la necesidad de entrar defi-
 nitivamente en el seno de la religion católica: y se puede
 creer que la energía del papa no fué una de las menores ra-
 zones que le determinaron á convertirse. Enrique IV se deci-
 dió á enviar á Roma, en calidad de embajador, al duque de
 Luxemburgo, con mision de comunicarse abiertamente con el
 soberano pontífice sobre este particular. El conde-duque de
 Olivares, embajador de España, al saber la llegada del nego-
 ciador francés, se presentó inmediatamente en el Vaticano, y
 suplicó á Sixto Quinto no admitiese al honor de una audiencia
 al ministro de un príncipe huguenoté. « Si Vuestra Santidad
 » pasa adelante, añadió, me veré obligado en nombre de mi
 » amo á deponer mi protesta. — ¿Qué protesta? repuso el
 » papa. ¿Qué protesta quereis hacer? Ofenderiais la majestad
 » del rey, vuestro amo, cuya gran prudencia me es conocida.
 » Retiraos. » Luxemburgo fué introducido: aseguró á Sixto
 Quinto que el vencedor de Arques y de Yvry estaba pronto á
 ponerse á los piés de Su Santidad para pedir su absolucion y
 entrar en el gremio de la Iglesia: « ¡Que venga! exclamó el
 » papa. ¡Que venga! y yo le abrazaré, y yo le consolaré. » Se
 ve que la política no entraba exclusivamente en las miras del
 papa. Veia la posibilidad de convertir á Enrique IV, y en ese
 supuesto ya tenia que hacer objeciones contra su advenimiento
 al trono. Así es que cuando los embajadores de la Liga fueron
 á quejarse á Sixto Quinto del favor que parecia otorgar al
 Bearnés, respondió: « Mientras hemos creido que la Liga tra-
 » bajaba por la religion, os hemos socorrido; pero ya estamos
 » convencidos de que no obra sino por un motivo de ambi-

» cion y bajo de un pretexto falso. No esperéis de Nos protec-
 » cion alguna. » El inmortal pontífice no fué testigo del acon-
 tecimiento que ya preveia: pues murió el 27 de agosto de 1590,
 despues de un reinado de cinco años. La historia le ha colo-
 cado en el número de los mas grandes hombres que hayan go-
 bernado al mundo.

§ III. PONTIFICADO DE URBANO VII (15 de setiembre-27 del mismo de 1590).

15. Elegido el 15 de setiembre de 1590, Urbano VII no
 hizo sino pasar por el trono pontifical. Murió doce dias des-
 pues, dando gracias á Dios de verse dispensado de dar cuenta
 de un poder que no habia podido ejercer.

§ IV. PONTIFICADO DE GREGORIO XIV (5 de diciembre de 1590-15 de octubre de 1591).

16. El cardenal Nicolás Sfondrati, elegido papa en 5 de
 diciembre de 1590, tomó el nombre de Gregorio XIV. Al oír
 que su nombre salia de la urna del escrutinio, dijo á sus
 compañeros que le saludaban con el nombre de *Santo Padre*:
 « ¡Dios os lo perdone! ¿Pero qué habeis hecho? » Una humil-
 dad tan verdadera anunciaba un pontífice virtuoso. Grego-
 rio XIV, en un reinado de menos de un año, justificó las
 esperanzas legítimas del mundo. Enrique IV, cuyos hechos de
 armas eran de dia en dia mas brillantes, no se apresuraba á
 cumplir la promesa que habia hecho á Sixto Quinto. Mas que
 nunca podia temerse que el calvinismo triunfante no tomase
 posesion de la Francia con el rey mas popular de todos;
 porque era evidente que el ingenio y habilidad del Bearnés
 acabarian por vencer todos los obstáculos. El papa no vaciló
 en intervenir contra un príncipe hereje victorioso: entabló
 pues nuevas negociaciones con los Diez y seis. « Vosotros
 » habeis comenzado de una manera digna de elogios, les dijo.
 » Perseverad pues y no os detengais hasta haber llegado al
 » término de vuestra carrera. Con ayuda de Dios hemos re-
 » suuelto socorremos: os enviaremos desde luego algun dinero;
 » diputamos cerca de vosotros á nuestro nuncio Landriano,

» encargado de traer á la union con la santa Iglesia á los que
 » se han separado : y en fin os enviamos nuestro sobrino Hé-
 » cules Sfondrati, duque de Monte-Marciano, con infantería y ca-
 » ballería para defender vuestra causa. Estamos prontos á mayo-
 » res sacrificios si estos no bastaren.» Gregorio XIV no se limitó
 á estas medidas : renovó la excomunion contra Enrique IV, y bajo
 las mas severas penas intimó á los miembros del clero, de la
 nobleza y del estado llano, que se separasen de él. Estas deci-
 siones produjeron en Francia una impresion profunda. Desde
 este momento se formó en torno de Enrique IV un partido de
 católicos realistas que le instaban poderosamente á que abju-
 rase. El papa, por su lado, trabajaba con celo para lograr el
 mismo objeto. Las enormes sumas dejadas en el tesoro por
 Sixto Quinto fueron empleadas en esta obra, cuya importancia
 era incontestable. Gregorio XIV tenia los ojos fijos sin cesar
 en la suerte de la Alemania protestante, y queria preservar á
 toda costa de esta desgracia á la Francia. La muerte vino á
 detener este movimiento enérgico, en 15 de octubre de 1591.
 Gregorio XIV dejaba á otros la gloria de recoger el fruto de
 tantos trabajos.

§ V. PONTIFICADO DE INOCENCIO IX (30 de octubre-31 de diciembre de 1591).

17. Juan Antonio Fachinetti, elegido el 30 de octubre
 de 1591, tomó el nombre de Inocencio IX. Estaban acordes
 los Romanos en reconocer en este pontífice una sabiduría y
 prudencia consumada, una vida pura, liberalidad, magnifi-
 cencia y manejo hábil de los negocios. Vinieron cierto dia á
 pedirle una gracia ofreciéndole una suma considerable para
 sufragar á los gastos que el tesoro pontifical se veia obligado
 á hacer durante una penuria de cosechas que afligia á los
 Estados romanos. El papa, disgustado, respondió : « No ne-
 » sitamos ni queremos dinero, sino obediencia. » Estas her-
 mosas cualidades prometian un glorioso reinado ; pero Ino-
 cencio murió dos meses despues de su eleccion, el 31 de di-
 ciembre de 1591.

§ VI. PONTIFICADO DE CLEMENTE VIII (29 de enero de 1592-13 de marzo de 1605).

18. El conclave se abrió por cuarta vez en el espacio de
 catorce meses. El cardenal Hipólito Aldobrandini, de ilustre
 familia florentina, fué elegido papa y tomó el nombre de Cle-
 mente VIII. « El nuevo papa, dice Ranke, mostró en el ejer-
 » cicio de su dignidad la mas ejemplar actividad. No consá-
 » graba menos atencion á los detalles de la administracion
 » del Estado, y á las relaciones personales, que á la política
 » europea ó á los intereses generales del poder espiritual. El
 » cardenal Baronio le oia en confesion todas las noches : y
 » todas las mañanas celebraba misa con tanta ternura que
 » movia á devocion. La fama de su virtud, piedad y mortifica-
 » cion de que habia gozado hasta entonces, se aumentó consi-
 » derablemente por la práctica de austeridades cuyo hábito
 » conservó aun en la tiara. »

19. Toda Europa tenia las miradas fijas en el sucesor de
 Inocencio IX para saber qué decision tomaria en el mas im-
 portante negocio de esta época, el advenimiento de Enri-
 que IV al trono de Francia. Clemente VIII tenia que optar
 entre dos resoluciones : podia marchar por las huellas de sus
 antecesores, asociarse á la Liga y á la política de Felipe II
 contra el Bearnés, ó bien podia tomar el partido del monarca
 francés. Ambas alternativas estaban subordinadas á la con-
 ducta de Enrique IV. En época ninguna se habia esperado
 una decision con tanta ansiedad, ni tampoco hubo jamás deci-
 sion mas delicada, espinosa, peligrosa. Al subir al trono apos-
 tólico, Clemente VIII se habia visto rodeado de elementos
 que complicaban extraordinariamente la dificultad de su po-
 sicion. La Santa Sede tenia en Francia un legado afecto
 al partido español, y un ejército destinado á combatir á
 Enrique IV : además, los Estados generales de Francia ha-
 bían abrazado la causa de la Liga. El papa tenia pues que
 conducirse con extrema circunspeccion en medio de circuns-
 tancias que paralizaban, hasta cierto punto, su libertad de

accion. Se vió como obligado á esperar, de los acontecimientos mismos, la solucion de tantas dificultades : y esto es lo que hizo.

20. Los Españoles instaban muy porfiadamente al duque de Mayena, lugarteniente general del reino, para que se procediera á la eleccion de un rey católico. Con este objeto se convocaron y reunieron los Estados generales á fines de enero de 1593, pero nada quedó resuelto definitivamente. Por otra parte, en medio del tumulto de las armas y obstáculos de la guerra, Enrique IV pensaba en volver al gremio de la Iglesia, y si hasta entonces se habia resistido á las sollicitaciones de los católicos de su partido, es porque no queria que su mudanza fuese ó pareciese ser fruto de la debilidad ó de la política, sino de íntima conviccion. En fin, en el momento marcado por la Providencia, buscó la luz que siempre habia deseado sin haber podido recibirla aun, y en tanto que se habian comenzado las conferencias de Surennes, pidió se le enseñase é instruyese. El célebre Jacobo Davy Duperron, mas tarde cardinal, principió la instruccion religiosa del príncipe, desde luego con simples conversaciones, luego ya con conferencias en forma, en las cuales tomaron parte los prelados y doctores mas hábiles entre los realistas y los coligados. Enrique IV tomó el asunto muy á pechos, y con aquella buena fe y lealtad que fueron siempre uno de los rasgos mas característicos de su grande alma. Duperron habiendo hecho confesar á algunos doctores [calvinistas] que era posible salvarse en la Iglesia romana : « ¡Cómo! exclamó Enrique, todos estais acordes en » que podemos salvarnos en la religion de los católicos, y estos, » al contrario, sostienen que nos condenaríamos infaliblemente » en la vuestra ! Es mil veces mas conforme á razon tomar el » partido mas seguro, y la prudencia no permite vacilar un » instante. » Desde este momento fué decidida la conversion del monarca. No es posible expresar de cuánto júbilo inundó esta noticia el corazon de los realistas [católicos] franceses. La Liga sola, cuyo móvil no era ya sino la ambicion, descubrió por su conducta y su cólera su falta de desinterés y su mala

fe (1). Isabel, reina de Inglaterra, resintió, segun sus mismas expresiones, *el mas amargo dolor, la mas profunda tristeza*, al saber la conversion del rey. El 25 de julio de 1593, Enrique IV hizo su abjuracion en la colegiata de San Dionisio, en manos del arzobispo de Bourges. « Quiero, dijo, jurar, sobre los se- » pulcros de los reyes mis abuelos, vivir y morir en la religion » católica que han profesado. » Cuando se presentó el rey, le preguntó el prelado segun la fórmula ordinaria : « ¿Quién » sois ? ¿Qué pedís ? — Yo soy el rey, respondió Enrique : Yo » pido ser recibido en el seno de la Iglesia católica. — ¿Lo » quereis ? repuso el arzobispo. — Sí lo quiero, sí lo deseo, » contestó Enrique. » Luego puesto de rodillas hizo en estos términos su profesion de fe : « Yo protesto y juro, á la faz de » Dios todopoderoso, vivir y morir en la religion católica, » apostólica y romana : protegerla y defenderla contra todos á » costa, si necesario fuere, de mi sangre y de mi vida, renun- » ciando á todas las herejías contrarias. » — « Y yo, repuso » el prelado, salva la autoridad de la Santa Sede, os absuelvo » del crimen de herejía y apostasia ; os entrego á la Iglesia » romana, y os admito á sus sacramentos en nombre del Padre, » del Hijo y del Espíritu Santo. » Asistia una inmensa concurrencia á esta ceremonia, bendiciendo todos esta mudanza que echaba por tierra el muro de separacion entre el pueblo y su rey.

21. Pero Enrique habia sido excomulgado por la Santa Sede, y á la Santa Sede tocaba absolverle de las censuras en que habia incurrido. La cláusula : *Salva sanctæ sedis apostolicæ auctoritate*, empleada por el arzobispo de Bourges en la ceremonia de la abjuracion, reservaba, segun el derecho canónico, al papa la absolucion definitiva. No es posible juzgar el inmenso júbilo de Clemente VIII cuando llegó á convencerse de la sinceridad de la conversion del monarca francés. Estaba dispuesto á abrir los brazos de misericordia á este hijo que

(1) A nuestro entender debiera decirse : *despecho y pasion*; porque indudablemente la Liga obró siempre con fines rectos y católicos. No creyó en la sinceridad de la conversion del rey ; y de aquí vino el precipitarse luego en arrebatos de pasiones y personalidades.

(El Traductor.)

entraba en fin en su casa paterna. El célebre Ossat dió pruebas irrefragables de la sinceridad de esta conversion, haciendo ver que la ambicion no podia haberla aconsejado, en atencion á que las no interrumpidas victorias le habian abierto las puertas de todas las ciudades y hasta de la capital. Por fin el 17 de setiembre de 1595, Duperron y Ossat recibieron la absolucion pontifical en nombre del rey su amo. Segun los ritos prescritos por el Pontifical, se rezó el salmo *Miserere*, y á cada versículo el papa tocaba ligeramete la cabeza de los ministros postrados con una varita. Acabado el salmo, Clemente VIII se levantó, y rezadas, con la cabeza desnuda, las oraciones acostumbradas, volvió á cubrirse con la tiara, se sentó en su trono y levantando la voz, dijo: « Otorgamos por autoridad » de Dios todopoderoso, y por la de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, á Enrique de Borbon, rey de Francia y » de Navarra, la absolucion de las censuras eclesiásticas incurridas por causa de herejía. » Bendijo el papa á los ministros del rey, y les dijo: « Decid al rey, vuestro amo, que le » hemos abierto las puertas de la Iglesia militante en la tierra: » á él le toca hacerse digno, con fe viva y obras de sincera » piedad, de entrar un dia en la Iglesia triunfante del cielo. » Desde este dia la Liga cayó; y el pontífice romano bendijo al cielo de haber podido contribuir á la pacificacion civil y religiosa del reino de Francia. Enrique fué coronado y consagrado en Chartres: se hicieron por todas partes oraciones públicas por él en todas las iglesias, y las órdenes regulares le reconocieron por rey. Por su lado, el monarca restableció los ritos de la Iglesia católica do quiera se habian suspendido ó abolido en las últimas guerras, y se mostró en lo venidero francamente ortodoxo y afecto á la Santa Sede.

22. A las contiendas de la Liga vino á sucederles una famosa discusion teológica, la cual por animosidades recíprocas en atacarla y en defenderla tomó proporciones colosales. El célebre jesuita español Molina acababa de publicar en Évora su obra sobre la predestinacion intitulada: *Liberi arbitrii cum gratiæ donis concordantia* (1588). El autor sostenia que Dios

no predestina á los hombres para la gloria eterna sino en vista y consideracion de sus méritos; que la gracia por medio de la cual alcanzan estos méritos no es eficaz por sí misma sino en cuanto consiente en ella la voluntad, y que es dada en circunstancias en las cuales Dios ha conocido que surtirá su efecto; y en fin que esta gracia no es rehusada á nadie. Todo el sistema de Molina puede reducirse á las ocho proposiciones siguientes: 1°. Dios, por la ciencia de simple inteligencia, ve todo lo que es posible, y por consiguiente órdenes infinitos de cosas posibles. 2°. Por la *ciencia media*, Dios ve ciertamente lo que en cada uno de estos órdenes hará cada voluntad creada usando de su libertad, si Dios le da tal ó tal gracia. 3°. Dios quiere, con voluntad antecedente y sincera, salvar á todos los hombres, con condicion de que lo quieran ellos mismos y correspondan á las gracias que les sean dadas. 4°. Dios da á todos los socorros necesarios y suficientes para obrar su salvacion, aunque otorga á unos mas que á otros segun su voluntad. 5°. En el estado de la naturaleza *lapsa* ó caída, no hay de parte de Dios decretos de predestinacion absolutos, eficaces por sí mismos, y antecedentes á la prevision del consentimiento libre de la voluntad humana. Por consiguiente no hay predestinacion á la gloria eterna antes de la prevision de los méritos del hombre, ni reprobacion que no suponga la presciencia de los pecados que han de cometerse. 6°. La voluntad que Dios tiene de salvar á todos los hombres es verdadera, sincera, activa; ella es quien ha destinado á Cristo á ser salvador del género humano, y en virtud de esta voluntad y de los méritos de Cristo Dios concede á todos las gracias suficientes para su salvacion. 7°. Dios, por la *ciencia media*, ve con entera certidumbre lo que hará el hombre colocado en tal ó tal circunstancia, socorrido por tal ó tal gracia: y por consecuencia conoce los que han de usar mal ó bien. 8°. En consecuencia de esta prevision, predestina á los primeros á la gloria eterna, y á los segundos á la condenacion.

23. Esta doctrina promovió la mas viva resistencia de parte de los Dominicos, que la acusaban de pelagianismo y de semi-

pelagianismo. Los Jesuitas, salvo algunas excepciones, entre las cuales Henriquez y el famoso Mariana, sostuvieron á su cohermano. La disputa se encendió y se propagó: muy en breve se dividieron las escuelas y universidades en dos campos: *Tomistas* y *Molinistas*. La doctrina de Molina pasó desde Portugal á España, y desde España á Francia y toda la Alemania. El Padre Bañez, dominico, viendo la rápida extension del molinismo, presentaba memorias y mas memorias al nuncio del papa. Los Dominicos trataban de herejes á los que defendian á Molina. Clemente VIII fué informado por algunos obispos de España de la acrimonia de la discusion y mandó cesasen estas cuestiones irritantes. En 1597 el papa tomó la resolucion de avocar la causa á su tribunal supremo; é instituyó para examinarla la congregacion especial *De Auxiliis*, compuesta de cardenales y teólogos. Los mas hábiles Dominicos y Jesuitas defendieron sus respectivas opiniones; y se tuvieron bajo Clemente VIII, treinta y siete conferencias, en las que brilló sobre todos el famoso dominico Tomás de Lemos. Pero el negocio no fué decidido en este pontificado. Decidiólo Paulo V despues de diez años de discusion animada y estéril. Despidió á ambos partidos y le dejó á cada uno libertad de seguir su opinion en esta materia, con expresa prohibicion de calificar de *herético* ó *temerario* el sentimiento contrario (1).

24. Dos hechos importantes acaecieron al fin del pontificado de Clemente VIII: la reunion del ducado de Ferrara al Estado eclesiástico y la paz de Vervins. Alfonso II, último duque de Ferrara, acababa de morir sin dejar herederos legítimos. César de Este, pariente muy lejano del duque, quiso ponerse en posesion del ducado; pero el papa alegó derechos anteriores de la Santa Sede fundados en la donacion de Pipino y Carlomagno, y que no habian sido interrumpidos sino por una especie de usurpacion, legalizada despues. Enrique IV apoyó la política de Clemente VIII, y el ducado de Ferrara quedó anexo definitivamente á los Estados romanos. El apoyo que el rey de

(1) Blanc, tomo II, pág. 321.

Francia dió en esta ocasion al poder pontifical fué recompensado por la activa intervencion de Clemente VIII en la conclusion de la paz entre Enrique IV y Felipe II, rey de España. El soberano pontífice redactó los artículos preliminares del tratado que fué firmado en Vervins (1598.) Los Españoles devolvian á la Francia Calais y las plazas fuertes que habian tomado en la Picardía. Por su lado Enrique IV cedió la ciudad de Cambray. El tratado de Vervins borraba en Francia las últimas huellas de la Liga. — Entretanto el cardenal de Ossat entablaba en nombre de su amo nueva negociacion sobre el matrimonio de Enrique IV con Margarita de Valois. Esta union, concluida en la época de la jornada de *San Bartolomé*, habia sido impuesta al jóven rey de Navarra por voluntad de Carlos IX y la política de Catalina de Médicis. Eran notorias las pruebas de la coaccion impuesta á Enrique; en su consecuencia Clemente VIII declaró nulo, en 1599, este primer casamiento; y Enrique IV pudo casarse en 1600 con María de Médicis, de la que tuvo un hijo que fué despues Luis XIII.

25. El papa quiso aprovecharse de las circunstancias felices en que se hallaba. Habia estallado de nuevo la guerra contra los Turcos en la Hungría, y el pontífice, mirando las cosas mas elevadamente, aun pensaba en imprimir al mundo católico una direccion comun contra el antiguo enemigo del cristianismo: pero Clemente VIII no tardó en convencerse que no podria establecer una alianza bastante íntima y sólida entre los pueblos de la Europa, la mayor parte apenas salidos de sus sacudimientos políticos y religiosos. No era aun llegado el tiempo de nueva cruzada contra el Oriente, y Clemente VIII cesó los inmensos preparativos que habia comenzado. Este pontífice vió con gran placer el restablecimiento de los Jesuitas en Francia. Enrique IV, no contento con reprimir los acaloramientos de los huguenotes contra el papa, tomó respecto de la compañía de Jesús una resolucion firme. Se sabe que despues del atentado de Juan Chastel contra el monarca de Francia, los Jesuitas fueron expulsados de Francia, porque el regicida habia seguido algunos cursos en los estudios de estos. A pesar de

las protestas de Juan Chastel de que en nada habia sido inspirado por ningun miembro de la compañía, y eso hasta el último suspiro y en medio de los mayores tormentos, estos religiosos fueron desterrados del territorio francés por el parlamento, cuya mayoría, segun el presidente Thou, era *huguenota*. Despues de su destierro no habia cesado de representar al rey que este injusto rigor contra una sociedad que tan bien habia merecido de la Iglesia no podia regocijar sino á los enemigos de la religion, ó á algunos católicos apasionados contra ella. Expresaba el papa esta afliccion al cardenal de Ossat, encargado de negocios de Francia en Roma, en todas las audiencias que le daba. Así es que el cardenal mismo deseaba impacientemente la reintegracion de una órden religiosa víctima del odio de los calvinistas. Enrique IV no tardó en realizar los deseos del papa y de su embajador. Volvió á llamar á los Jesuitas y les dió la direccion de un colegio que acababa de fundar en La Flecha. « Yo los juzgo, decia, mas capaces que nadie » para instruir la juventud (1604). » Y desde entonces no cesó de darles pruebas de su real benevolencia. Clemente VIII sobrevivió poco á este acto tan lisonjero; y murió el 3 de marzo de 1605, despues de un reinado glorioso para la Iglesia.

§ VII. PONTIFICADO DE LEON XI (1.º de abril-27 de 1605).

26. Clemente VIII habia predicho al cardenal Alejandro Octaviano de Médicis que seria su sucesor: este cardenal, legado en Francia en malos tiempos, se habia conducido con gran felicidad y prudencia en medio de las revueltas que agitaban al reino. Elegido papa el 1.º de abril de 1605, tomó el nombre de Leon XI; y era pariente cercano de la reina de Francia. Las cartas en que Duperron anunciaba esta eleccion á Enrique IV estaban llenas de la mas festiva expansion; y se celebró en Francia este advenimiento con fiestas públicas. Pero Leon no hizo sino aparecer en el trono pontifical; murió en veintisiete del mismo mes de abril en que habia sido elegido, con sentimiento de todos cuantos le conocieron.

CAPITULO VII.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE PAULO V (16 de mayo de 1605-21 de enero de 1621).

1. Estado de Europa al advenimiento de Paulo V. — 2. Persecucion del emperador Taicosama y sus sucesores en el Japon. — 3. Misiones en la China. El Padre Ricci. — 4. América. Santo Toribio, arzobispo de Lima. Santa Rosa de Lima. — 5. Reducciones del Paraguay. Sucesos de Venecia. — 6. Conspiracion de la pólvora en Londres bajo el rey Jaime I. — 7. Progresos de la religion católica en Europa en el pontificado de Paulo V. — 8. Enrique IV. Su celo por la fe católica. Su muerte. — 9. Muerte de Paulo V.

§ II. PONTIFICADO DE GREGORIO XV (9 de febrero de 1621-8 de julio de 1623).

10. Eleccion de Gregorio XV. Congregacion de la Propaganda. — 11. Jesuitas echados de Holanda y llamados á dirigir la Universidad de Praga por el emperador Fernando II. — 12. Biblioteca palatina reunida á la del Vaticano por Gregorio XV. — 13. Reforma de las órdenes regulares en Francia. Muerte de Gregorio XV. — 14. Santos personajes y obras pias del principio del siglo XVII. — 15. San Francisco de Sales.

§ III. PONTIFICADO DE URBANO VIII (6 de agosto de 1623-29 de junio de 1644).

16. Eleccion de Urbano VIII. Estado de la Europa á su advenimiento. — 17. Guerra de treinta años. — 18. Guerra de Italia. — 19. Toma de La Rochela. — 20. Devolucion del ducado de Urbino á la Santa Sede. — 21. Jansenio. — 22. Su obra intitulada: *Augustinus*. Las cinco proposiciones erróneas que de dicha obra sacó el doctor Cornet, síndico de la Facultad de teología de París. — 23. El abate San Ciran. Urbano VIII interdice la lectura del *Augustinus*. La Universidad de Lovaina se niega á someterse al juicio del papa. — 24. Condenacion del *Augustinus* por la bula *In Eminentissimi*. — 25. Muerte de Urbano VIII. — 26. Santos personajes, y santas fundaciones de su pontificado.

§ I. PONTIFICADO DE PAULO V (16 de mayo de 1605-21 de enero de 1621).

1. El cardenal Camilo Borghese, elegido papa el 16 de mayo de 1605, tomó el nombre de Paulo V. El nuevo pontífice solo tenia cincuenta y tres años de edad: era diestro en el manejo de los negocios, en que habia adquirido grande experiencia pasando por todos los cargos. Profundamente versado en las materias del derecho canónico, se habia formado ideas muy elevadas de